

LA CATÁSTROFE QUE NOS AMENZA Y CÓMO LUCHAR CONTRA ELLA¹

El hambre se acerca²

Una catástrofe inminente se cierne sobre Rusia. El transporte ferroviario se halla increíblemente desorganizado y la desorganización avanza. Los ferrocarriles acabarán por paralizarse. Cesará el suministro de materias primas y de carbón a las fábricas. Cesará el suministro de cereal. Los capitalistas sabotean (dañan, paran, minan, frenan) deliberada y persistentemente la producción, confiando en que una catástrofe inaudita significará la bancarrota de la república y de la democracia, de los sóviets y, en general, de las asociaciones proletarias y campesinas, y facilitará así el retorno a la monarquía y la restauración del poder ilimitado de la burguesía y de los terratenientes.

El peligro de una gran catástrofe y del hambre es inminente. Todos los periódicos han escrito ya sobre eso infinidad de veces. Los partidos y los sóviets de obreros, soldados y campesinos han votado un sinnúmero de resoluciones en las que se reconoce que la catástrofe es inevitable, que está ya muy cerca, que es necesario adoptar medidas extremas para luchar contra ella, que es necesario que el pueblo haga “esfuerzos heroicos” para evitar la ruina, etcétera.

Todo el mundo lo dice. Todo el mundo lo reconoce. Todo el mundo juzga que es así.

Pero no se hace nada.

Han pasado seis meses de revolución. La catástrofe está aún más cerca. El desempleo ha adquirido carácter masivo. Reflexionen: en el país hay escasez de mercancías, el país perece por falta de víveres, por falta de mano de obra, aunque existe cereal y materias primas en cantidad suficiente; ¡y en un país que se encuentra en esas condiciones, en un momento tan crítico, hay desempleo masivo! ¿Hace falta mejor prueba de que durante estos seis meses de revolución (que algunos denominan gran revolución, pero que, por ahora, sería más justo denominar revolución podrida), con una república democrática, con gran profusión de asociaciones, organismos e instituciones que se intitulan orgullosamente “democráticas revolucionarias”, no se ha hecho en realidad *nada*

¹ Escrito entre el 10 y el 14 (23 y 27) de septiembre de 1917. Publicado como folleto a fines de octubre de 1917 en Petrogrado por la Ed. Priboi.

² Escritas estas líneas, me entero por los periódicos de que el Gobierno de Kerensky implanta el monopolio del azúcar y, por supuesto, ¡lo implanta de un modo burocrático-reaccionario, sin congresos de los empleados y obreros, sin publicidad, sin poner freno a los capitalistas!

serio, nada absolutamente, para evitar la catástrofe, para evitar el hambre? Nos acercamos con rapidez creciente a la ruina. La guerra no espera, y aumenta el caos originado por ella en todos los aspectos de la vida del pueblo.

Sin embargo, basta con fijarse y reflexionar un poco para convencerse de que existen los medios necesarios para luchar contra la catástrofe y el hambre, de que las medidas que se requieren para combatirlos son muy claras, sencillas, perfectamente realizables y al alcance de las fuerzas del pueblo, y de que si no se toman es *sólo y exclusivamente* porque su cumplimiento afectaría las ganancias fabulosas de un puñado de terratenientes y capitalistas.

En efecto, puede asegurarse que no se hallará un solo discurso, ni un solo artículo, sea cual fuere la tendencia del periódico, ni una sola resolución, sea cual fuere la asamblea o institución en que se haya votado, donde no se expongan de modo claro y concreto las medidas fundamentales y decisivas para luchar contra la catástrofe y el hambre, para evitarlos. Esas medidas son el control, la inspección, el registro, la regulación por el Estado, la implantación de una distribución acertada de la mano de obra en la producción y en la distribución de los productos, el ahorro de las energías del pueblo, la eliminación de todo esfuerzo superfluo, la economía de esfuerzos. Control, inspección, registro: son los requisitos principales para luchar contra la catástrofe y el hambre. Eso es algo indiscutible y admitido por todo el mundo. Pero eso es precisamente lo que *no hacen* por miedo a atentar contra la supremacía de los terratenientes y los capitalistas, contra sus beneficios inmensos, inauditos, escandalosos, beneficios obtenidos con los altos precios y los suministros de guerra (y hoy, directa o indirectamente, casi todos “trabajan” para la guerra), beneficios que todo el mundo conoce, que todo el mundo observa y a propósito de los cuales todo el mundo se lamenta y gime.

Sin embargo, el Estado no hace nada serio, nada absolutamente, para implantar ese control, ese registro e inspección.

La pasividad completa del Gobierno

En todas partes tiene lugar un sabotaje sistemático y persistente a todo tipo de control, inspección y registro y a todos los intentos del Estado para establecerlos. Y hace falta ser increíblemente ingenuo para no comprender –o profundamente hipócrita para aparentar que no se comprende– de dónde parte ese sabotaje y de qué recursos se vale. Porque ese sabotaje por parte de los banqueros y los capitalistas, esa *frustración* por parte de ellos de todo tipo de control, inspección y registro, se adapta a las formas estatales de una república democrática, a la existencia de las instituciones “democráticas revolucionarias”. Los señores capitalistas han aprendido perfectamente un hecho que reconocen de palabra todos los partidarios del socialismo científico, pero que los mencheviques y los eseristas procuraron olvidar tan pronto como sus amigos

lograron cómodos puestos de ministros, viceministros, etc. Ese hecho es que la esencia económica de la explotación capitalista no varía en lo más mínimo porque las formas monárquicas de gobierno sean sustituidas por las republicanas democráticas, y que, por consiguiente, también lo contrario es cierto: sólo necesita ser modificada la *forma* de lucha a favor de conservar la inviolabilidad y la santidad de las ganancias capitalistas salvaguardándolas con la misma eficacia bajo una república democrática que bajo una monarquía absoluta.

El sabotaje actual, moderno, republicano, democrático, a todo tipo de control, registro e inspección consiste en que los capitalistas aceptan verbalmente, “de todo corazón”, el “principio” del control y la necesidad del control (como hacen, por supuesto, todos los mencheviques y todos los eseristas) e insisten en que se implante “gradualmente”, metódicamente, y según una “regulación establecida por el Estado”. Pero, en realidad, tras estas bellas palabras se oculta la *frustración* del control, su reducción a la nada, a una ficción, la simple comedia del control, el aplazamiento de todas las medidas eficaces y de verdadera importancia práctica, la creación de organismos de control extraordinariamente complicados, engorrosos, inertes y burocráticos, dependientes todos ellos de los capitalistas y que no hacen ni pueden hacer absolutamente nada.

Para no lanzar afirmaciones gratuitas nos remitiremos a testimonios de mencheviques y eseristas, es decir, de esas mismas personas que en los primeros seis meses de revolución tuvieron la mayoría en los sóviets, que participaron en el “Gobierno de coalición” y que, por ello, son políticamente responsables ante los obreros y los campesinos rusos de su tolerancia para con los capitalistas y de que estos hayan frustrado todo control.

El periódico oficial del organismo supremo entre los llamados organismos “plenamente competentes” (¡no es broma!) de la democracia “revolucionaria”, *Ivestia del CEC* (es decir, del Comité Ejecutivo Central del Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos de toda Rusia), publica en su número 164, del 7 de septiembre de 1917, una *resolución* de una organización especial de control, creada y dirigida por esos mismos mencheviques y eseristas. Esa institución especial es el Departamento Económico del Comité Ejecutivo Central. En esa resolución se consigna oficialmente, como un hecho, “*la completa pasividad de los organismos centrales de regulación de la vida económica adjuntos al Gobierno*”.

¿Puede haber un testimonio más elocuente de la bancarrota de la política menchevique y eserista que esta declaración suscrita por los propios mencheviques y eseristas?

La necesidad de regular la vida económica fue ya reconocida bajo el zarismo, y con ese fin se crearon ciertas instituciones. Pero bajo el zarismo el caos económico hacía progresos cada vez mayores y alcanzó proporciones monstruosas. Inmediatamente se reconoció que era misión del Gobierno republicano, revolucionario, adoptar medidas efectivas y decididas para poner fin al caos económico. Al ser formado, con la participación de los mencheviques y

eseristas, el Gobierno de “coalición”, este prometió, en su muy solemne declaración pública del 6 de mayo, que el Estado implantaría el control y la regulación. Los Tsereteli y los Chernov, y como ellos todos los líderes mencheviques y eseristas, juraron y perjurarón que ellos no eran sólo responsables por la gestión del Gobierno, sino que, además, los “organismos plenamente competentes de la democracia revolucionaria” por ellos regidos vigilaban en la práctica la labor del Gobierno y la verificaban.

Desde el 6 de mayo han transcurrido cuatro meses, cuatro largos meses en los que Rusia ha sacrificado la vida de cientos de miles de soldados en aras de la absurda “ofensiva” imperialista, en los que el caos y el desastre se han aproximado con botas de siete leguas, en los que el verano ofrecía posibilidades excepcionales para hacer muchas cosas, tanto en el transporte por agua como en la agricultura, en la exploración de minerales, etc., etc. ¡Y al cabo de cuatro meses los mencheviques y los eseristas se ven obligados a admitir oficialmente la “completa pasividad” de las instituciones de control adjuntas al Gobierno!

¡Y hoy (escribo estas líneas precisamente en vísperas de la Conferencia Democrática convocada para el 12 de septiembre) estos mencheviques y eseristas declaman, con seriedad de estadistas, que aún puede ponerse remedio a las cosas sustituyendo la coalición con los kadetes por una coalición con los Kit Kitich de la industria y del comercio, con los Riabushinsky, los Bublikov, los Tereschenko y Cía.!

¿Cómo se explica –nos preguntamos– esta asombrosa ceguera de los mencheviques y los eseristas? ¿Debemos considerar que como políticos son criaturitas que por su extremo candor y falta de discernimiento no saben lo que hacen y se equivocan de buena fe? ¿O será que los abundantes puestos de ministro, viceministro, gobernador general, comisario, etc., que ocupan tienen la virtud de producir una ceguera especial, “política”?

Medidas de control conocidas por todos y fácilmente aplicables

Puede surgir la pregunta de si los métodos y medidas de control no son extraordinariamente complejos, difíciles, no probados y hasta desconocidos. ¿No se deberán las dilaciones a que los estadistas del partido kadete, la clase industrial y comercial y los partidos eserista y menchevique llevan ya seis meses esforzándose a más no poder por indagar, estudiar y descubrir medidas y métodos de control sin que hayan podido llegar todavía a una solución del problema, dada su increíble dificultad?

Desgraciadamente, así es como tratan de presentar las cosas para “echar polvo a los ojos” del *mujik* inculto, ignorante y embrutecido y del hombre de la calle, que cree en todo y no averigua nada. La realidad es que hasta el zarismo, hasta el “viejo régimen”, al crear los Comités de la Industria de Guerra *comocía* la medida fundamental, el método principal y vía para implantar el control:

agrupar a la población según su profesión, según el objetivo y la rama de su trabajo, etc. Pero el zarismo *temía* que la población se agrupase y por eso recurría a todos los medios para limitar y obstaculizar artificialmente esa vía y ese método de control, universalmente conocido, muy fácil y enteramente práctico.

Todos los países beligerantes, que sufren la carga extraordinaria y las calamidades de la guerra, que sufren, en mayor o menor grado, el caos económico y el hambre, han trazado, fijado, aplicado y probado hace ya mucho *toda una serie* de medidas de control, que consisten casi todas ellas en agrupar a la población, crear o fomentar asociaciones de diverso tipo, vigiladas por el Estado, en las que participan representantes del Estado, etc., etc. Estas medidas de control son conocidas por todos y sobre ellas se ha hablado y escrito mucho; las leyes sobre el control dictadas por las potencias beligerantes más adelantadas han sido traducidas al ruso o expuestas con todo detalle en la prensa rusa.

Si *quisiera* realmente ejercer el control de un modo serio y efectivo, si sus instituciones no se hubiesen condenado ellas mismas a la “completa pasividad” con su servilismo ante los capitalistas, a nuestro Estado le bastaría con echar mano de la abundante reserva de medidas de control ya conocidas y aplicadas en el pasado. El único obstáculo en ese camino –obstáculo que los kadetes, los eseristas y los mencheviques ocultan al pueblo– era y sigue siendo que el control pondría al descubierto los beneficios fabulosos de los capitalistas y minaría la base de esos beneficios.

Para explicar mejor esta cuestión importantísima (que en esencia equivale a la cuestión del programa de *todo* Gobierno realmente revolucionario, que quiere salvar a Rusia de la guerra y del hambre), enumeremos y examinemos por separado las principales medidas de control.

Veremos que a un Gobierno que no se llamara democrático revolucionario solamente en broma le hubiese bastado con decretar (disponer, ordenar), ya en la primera semana de su existencia, la adopción de las principales medidas de control, imponer a los capitalistas que pretendiesen burlar fraudulentamente el control castigos estrictos y severos, e invitar a la población a que inspeccionase ella misma a los capitalistas, a que vigilase si cumplían o no escrupulosamente las disposiciones acerca del control, para que este hubiese sido implantado en Rusia hace ya tiempo.

He aquí esas medidas principales:

1) Fusión de todos los bancos en un banco único y control por el Estado de sus operaciones, o nacionalización de los bancos.

2) Nacionalización de los consorcios, es decir, de las más grandes asociaciones monopolistas de los capitalistas (consorcios del azúcar, del petróleo, del carbón, metalúrgico y otros).

3) Abolición del secreto comercial.

4) Agrupación obligatoria (es decir, agrupación obligatoria en asociaciones) de los industriales, los comerciantes y los patrones en general.

5) Organización obligatoria de la población en cooperativas de consumo o fomento, y control de esa organización.

Veamos ahora qué significación tendría cada una de estas medidas siempre y cuando se realizase por vía democrático-revolucionaria.

La nacionalización de los bancos

Los bancos constituyen, como es sabido, centros de la vida económica moderna, los principales centros nerviosos de todo el sistema económico capitalista. Hablar de una “regulación de la vida económica” y eludir el problema de la nacionalización de los bancos significa mostrar una ignorancia supina o engañar a la “gente común” con frases pomposas y promesas altisonantes con la deliberada intención de no cumplir esas promesas.

Es absurdo querer controlar y regular el suministro de cereal o, en general, la producción y la distribución de los productos si a la par no se controlan y regulan las operaciones bancarias. Es algo así como lanzarse a la caza de unos *kopeks* sueltos y cerrar los ojos a millones de rublos. Los bancos modernos están tan estrecha e indisolublemente entrelazados con el comercio (de cereales y todo lo demás) y con la industria que sin “poner la mano” sobre los bancos no se puede hacer nada serio, nada “democrático revolucionario”.

Pero ¿quizás eso de “poner la mano” sobre los bancos sea para el Estado una operación muy difícil y complicada? Habitualmente se trata de asustar a los filisteos con esta idea, es decir, tratan los capitalistas y sus abogados, porque son los que salen beneficiados con ello.

Pero, en realidad, la nacionalización de los bancos, que no priva ni de un solo *kopek* a ningún “propietario”, no ofrece absolutamente ninguna dificultad, ni técnica ni cultural, y si esa medida se demora es *exclusivamente* por la sórdida codicia de un insignificante puñado de ricos. Si se confunde con tanta frecuencia la nacionalización de los bancos con la confiscación de los bienes privados es por culpa de la prensa burguesa, que difunde esa confusión para engañar al público.

La propiedad sobre el capital con que operan los bancos y que se concentra en ellos se acredita por medio de certificados impresos y manuscritos, a los que se da nombre de acciones, obligaciones, letras de cambio, recibos, etc. Con la nacionalización de los bancos, es decir, con la fusión de todos los bancos en un solo banco estatal, no se anularía ni modificaría ninguno de esos certificados. Quien poseyese quince rublos en su libreta de ahorros seguiría siendo propietario de quince rublos después de la nacionalización de los bancos, y quien tuviese quince millones seguiría teniendo quince millones después de la nacionalización de los bancos, en forma de acciones, obligaciones, letras de cambio, documentos comerciales, etcétera.

¿En qué reside, pues, la significación de la nacionalización de los bancos?

En que es imposible ejercer un efectivo control de cualquier tipo sobre los bancos por separado y sus operaciones (aun suponiendo que se suprime el secreto comercial, etc.), porque no se puede seguir las complicadísimas, confusas y astutas maniobras a que se recurre al hacer los balances, al fundar empresas y sucursales ficticias, al emplear los servicios de testaferros, etc., etc. Sólo la fusión de todos los bancos en un banco único, sin que esto implique la menor modificación en las relaciones de propiedad, sin que, repetimos, se le quite un solo *kopek* a ningún propietario, *permitiría* ejercer un verdadero control, naturalmente, siempre y cuando se lleven a cabo todas las demás medidas antes mencionadas. Sólo nacionalizando los bancos *podrá* el Estado estar en condiciones de saber adónde y cómo, de dónde y cuándo se desplazan los millones y los miles de millones de rublos. Y sólo el control sobre los bancos, sobre el centro, sobre el eje principal y mecanismo básico de la circulación capitalista, permitiría organizar el control real y no ficticio sobre toda la vida económica, sobre la producción y distribución de los productos más importantes, y organizar la “regulación de la vida económica”, que de otro modo está inevitablemente condenada a seguir siendo una frase ministerial para engañar a la gente común. Sólo el control sobre las operaciones bancarias, a condición de que se concentren en un solo banco estatal, permitirá organizar, previa adopción de otras medidas fácilmente realizables, la recaudación efectiva del impuesto a las utilidades sin que haya ocultaciones de bienes e ingresos, dado que en la actualidad el impuesto a las utilidades es, en gran parte, una ficción.

Bastaría tan sólo decretar la nacionalización de los bancos y la llevarían a cabo los mismos directores y empleados. Para ello no hace falta ningún aparato especial ni se requiere tampoco pasos preparatorios especiales por parte del Estado, ya que es una medida que puede ser efectuada por simple decreto, “de un solo golpe”. El propio capitalismo, que en su desarrollo ha llegado a la etapa de las letras de cambio, las acciones, las obligaciones, etc., se encargó de crear la posibilidad económica de esa medida. *Todo* lo que se requiere es *unificar la contabilidad*. Y si el Gobierno democrático revolucionario decidiera que en cada ciudad se convocasen inmediatamente, por telégrafo, asambleas y, en cada región y en todo el país, conferencias de directores y empleados para la inmediata fusión de todos los bancos en un solo banco estatal, esa reforma sería llevada a cabo en unas pocas semanas. Por supuesto, serían precisamente los directores y los altos empleados quienes opondrían resistencia, quienes tratarían de engañar al Estado, de postergar las cosas, etc., pues esos caballeros perderían puestos muy rentables y la posibilidad de operaciones fraudulentas muy lucrativas; *ahí está el quid de la cuestión*. Pero no existe la menor dificultad técnica para la fusión de los bancos, y si el poder estatal fuese revolucionario no sólo de palabra (es decir, si no temiese acabar con la inercia y con la rutina), si fuese democrático no sólo de palabra (es decir, si obrase en interés de la mayoría del pueblo y no de un puñado de ricos), bastaría con decretar la confiscación de bienes y el encarcelamiento de los directores, los consejeros y los grandes accionistas en castigo por la menor dilación o por los intentos

de ocultar los saldos de cuentas y otros documentos. Bastaría con organizar *aparte*, por ejemplo, a los empleados más pobres y premiarlos por descubrir los fraudes y dilaciones de los ricos para que la nacionalización de los bancos avanzara lisa y llanamente y con suma velocidad.

La nacionalización de los bancos reportaría enormes ventajas a todo el pueblo, y particularmente *no* a los obreros (pues los obreros poco tienen que ver con los bancos), sino a la masa de campesinos y pequeños industriales. El ahorro de trabajo sería gigantesco, y suponiendo que el Estado conservase el mismo número de empleados de banco, con la nacionalización se habría dado un gran paso hacia la universalización del uso de los bancos, el aumento del número de sus sucursales, la mayor accesibilidad de sus operaciones, etc., etc. Serían precisamente los *pequeños* propietarios, los campesinos, quienes podrían obtener créditos en condiciones muchísimo más fáciles y accesibles. Y el Estado obtendría por primera vez la posibilidad, primero, de *revisar*, sin que nadie pudiera ocultárselas, las operaciones financieras más importantes; luego, de *controlarlas*, luego de *regular* la vida económica y, finalmente, de *obtener* millones y miles de millones para las grandes transacciones estatales sin necesidad de abonar “comisiones” fabulosas a los señores capitalistas por sus “servicios”. Por eso, y sólo por eso, todos los capitalistas, todos los profesores burgueses, toda la burguesía y todos los Plejanov, Potresov y Cía. a su servicio están dispuestos a luchar con uñas y dientes contra la nacionalización de los bancos e inventan miles de excusas para impedir la adopción de esta medida muy fácil y muy urgente a pesar de tratarse de una medida que *hasta* desde el punto de vista de la “defensa” del país, es decir, desde el punto de vista militar, proporcionaría una enorme ventaja y reforzaría extraordinariamente el “poderío militar” del país.

Se nos podrá objetar: ¿por qué países tan avanzados como Alemania y Estados Unidos de América practican una excelente “regulación de la vida económica” sin pensar siquiera en nacionalizar los bancos?

Porque –contestamos–, aunque uno de ellos es una monarquía y el otro una república, *ambos* Estados no son sólo capitalistas, sino también imperialistas. Como tales, llevan a cabo las reformas que necesitan por métodos burocráticos reaccionarios, mientras que nosotros hablamos aquí de métodos democrático-revolucionarios.

Esta “pequeña diferencia” es de una importancia sustancial. “No es costumbre”, por lo general, pensar en ella. En nuestro país (y especialmente entre los eseristas y los mencheviques), las palabras “democracia revolucionaria” se han convertido casi en una frase convencional, algo así como la expresión “a Dios gracias”, que emplea también gente no tan poco instruida como para creer en Dios, o como la expresión “respetable ciudadano”, con la que uno se dirige a veces incluso a los redactores de *Dyen* o de *Yédinstvo*, a pesar de que casi todos se dan cuenta de que estos periódicos han sido fundados y son sostenidos por los capitalistas en interés de los capitalistas y que por lo tanto la colaboración en ellos de los seudosocialistas tiene muy poco de “respetable”.

Si no empleamos la frase “democracia revolucionaria” como una pomposa frase estereotipada, como una frase convencional, y *reflexionamos* acerca de lo que significa, encontramos que ser demócrata significa tener presentes en la práctica los intereses de la mayoría y no los de la minoría del pueblo, y que ser revolucionario significa demoler del modo más resuelto e implacable todo lo perjudicial, todo lo caduco.

En Norteamérica y en Alemania ni los Gobiernos ni las clases gobernantes, que nosotros sepamos, pretenden el título de “democracia revolucionaria”, que reivindican para sí (y prostituyen) nuestros eseristas y mencheviques.

En Alemania son *cuatro*, en total, los grandes bancos privados que tienen importancia nacional; en Norteamérica hay sólo *dos*. Para los magnates financieros de esos bancos es más fácil, más cómodo, más ventajoso asociarse privadamente, subrepticamente, de modo reaccionario y no revolucionario; de modo burocrático y no democrático; sobornando a los funcionarios gubernamentales (esa es la norma general lo mismo en Norteamérica *que en Alemania*) y manteniendo el carácter privado de los bancos a fin conservar el secreto de las operaciones, estrujar al mismo Estado millones y más millones de “super-ganancias” y asegurar los fraudes financieros.

Tanto Norteamérica como Alemania “regulan la vida económica” en forma tal que crean para los obreros (y en parte también para los campesinos) condiciones de *presidio militar*, y para los banqueros y capitalistas, un *paraíso*. Su regulación consiste en “exprimir” a los obreros hasta llevarlos al hambre, mientras que a los capitalistas se les garantizan (subrepticamente, al estilo burocrático reaccionario) ganancias *más altas* que antes de la guerra.

También en la Rusia republicana imperialista es del todo posible semejante camino. No es otro, en efecto, el que siguen no sólo los Miliukov y los Shingariov, sino también Kerensky, en sociedad con Tereschenko, Nekrasov, Bernatsky, Prokopovich y Cía., quienes *defienden, asimismo*, de manera burocrática y reaccionaria la “inviolabilidad” de los bancos y su derecho sagrado a percibir fabulosos beneficios. Digamos, pues, la *verdad*: en la Rusia republicana quieren regular la vida económica de manera burocrática y reaccionaria, pero tropiezan “a menudo” con la dificultad que para ello supone la existencia de los “sóviets”, esos sóviets que el Kornilov número uno no logró disolver, pero que tratará de disolver el Kornilov número dos...

Tal será la verdad. Y esta verdad sencilla, aunque amarga, contribuirá más al esclarecimiento del pueblo que las almibaradas mentiras sobre “nuestra” “gran” democracia “revolucionaria”...

* * *

La nacionalización de los bancos facilitaría extraordinariamente la simultánea nacionalización de los seguros, es decir, la fusión de todas las compañías de seguros en una sola, la centralización de sus operaciones, su control por el

Estado. Los congresos de empleados de las compañías de seguros se encargarían también en este caso de llevar a cabo la fusión inmediatamente y sin grandes esfuerzos, tan pronto como el Estado democrático revolucionario lo decretase y ordenase a los directores y a los grandes accionistas que efectuaran esa fusión sin la menor demora y bajo su estricta responsabilidad personal. Los capitalistas han invertido en los seguros cientos de millones de rublos. Todo el trabajo lo hacen los empleados. La fusión de estos negocios conduciría a que bajasen las primas del seguro, proporcionaría numerosas ventajas y facilidades para los asegurados y permitiría aumentar el número de estos sin aumentar el gasto de fondos y energías. Fuera de la inercia, la rutina y el egoísmo de un puñado de personas colocadas en puestos lucrativos, no hay absolutamente nada que demore esta reforma, que, además, reforzaría la “capacidad defensiva” del país, ahorrando trabajo del pueblo y abriendo, no de palabra, sino en los hechos, muchas y muy importantes posibilidades de “regular la vida económica”.

La nacionalización de los consorcios

El capitalismo se distingue de los antiguos sistemas económicos precapitalistas en que ha creado la más estrecha interconexión e interdependencia de las distintas ramas de la economía. Si no fuese así, sería técnicamente imposible –dicho sea de paso– el menor avance hacia el socialismo. El capitalismo moderno, bajo el cual los bancos dominan la producción, ha llevado a su punto culminante esa interdependencia de las distintas ramas de la economía. Los bancos y las ramas más importantes de la industria y del comercio están inseparablemente unidos. Eso quiere decir, por una parte, que no es posible nacionalizar sólo los bancos, sin proceder a crear el monopolio estatal de los consorcios comerciales e industriales (del azúcar, del carbón, hierro, petróleo, etc.) y sin nacionalizarlos. Eso quiere decir, por otra parte, que la regulación de la actividad económica, si se lleva a cabo seriamente, exige a un mismo tiempo la nacionalización de los bancos y de los consorcios.

Tomemos, por ejemplo, el consorcio del azúcar. Surgió bajo el zarismo y se transformó entonces en una enorme asociación capitalista con refinerías magníficamente equipadas; y esta asociación, como es lógico, imbuida del espíritu más reaccionario y burocrático, garantizaba a los capitalistas elevadas ganancias, mientras reducía a sus obreros y empleados a un régimen de humillación, opresión y esclavitud y a la absoluta privación de derechos. Ya entonces el Estado controlaba y regulaba la producción... en interés de los magnates, de los ricos.

En este caso, *bastaría* con transformar la regulación burocrática reaccionaria en democrática revolucionaria, mediante simples decretos que convocasen un congreso de empleados, ingenieros, directores y accionistas, implantasen un sistema de contabilidad uniforme, el control por parte de los sindicatos obreros, etc. Es una cosa sumamente sencilla ¡iy, sin embargo, no se ha hecho!! Bajo

lo que es una república democrática la regulación de la industria del azúcar sigue siendo, *en los hechos*, burocrática reaccionaria; todo sigue como antes: despilfarro del trabajo del pueblo, estancamiento y rutina, enriquecimiento de los Bobrinsky y los Tereschenko. Llamar a los demócratas y no a los burócratas, a los obreros y los empleados y no a los “reyes del azúcar” a que desplieguen su iniciativa propia: eso es lo que hubiera podido y debido hacerse en unos cuantos días, de un solo golpe, si los eseristas y los mencheviques no hubiesen empañado la mente del pueblo con planes de “asociación” con esos mismos reyes del azúcar, asociación con los ricos por la cual y en virtud de la cual la “completa pasividad” del Gobierno en materia de regulación de la vida económica es completamente inevitable³.

Tomemos la industria del petróleo. Fue “socializada” en enorme medida por el desarrollo anterior del capitalismo. Dos o tres reyes del petróleo manejan millones y cientos de millones de rublos, dedicándose a cortar cupones y a embolsar beneficios fabulosos de un “negocio” que *ya* hoy está, en los hechos, técnica y socialmente organizado en escala nacional y es dirigido *ya* por cientos y miles de empleados, ingenieros, etc. La nacionalización de la industria del petróleo puede efectuarse *inmediatamente* y es, además, imperiosa para un Estado democrático revolucionario, sobre todo si este atraviesa por una crisis aguda, en la que urge ahorrar a todo trance trabajo del pueblo y aumentar la producción de combustible. Es evidente que un control burocrático no serviría de nada ni cambiaría nada, porque a los Tereschenko y a los Kerensky, a los Avksentiev y a los Skobeliev, los “reyes del petróleo” los vencerán con la misma facilidad con que vencían a los ministros zaristas: por medio de demoras, excusas y promesas, con el soborno directo e indirecto de la prensa burguesa (la llamada “opinión pública” a la que tanto “tienen en cuenta” los Kerensky y los Avksentiev) y con el soborno de los funcionarios públicos (a quienes los Kerensky y los Avksentiev dejaron en sus antiguos puestos en el antiguo aparato estatal, hasta ahora intacto).

Para hacer algo serio hay que abandonar la burocracia por la democracia, y de un modo verdaderamente revolucionario, es decir, hay que declarar la guerra a los reyes del petróleo y a los accionistas, decretar la confiscación de sus bienes y el encarcelamiento de todo el que demore la nacionalización de la industria del petróleo, oculte los ingresos o los balances, sabotee la producción o no dé los pasos conducentes a aumentarla. Hay que apelar a la iniciativa de los obreros y los empleados, convocarlos *a ellos* inmediatamente a conferencias y congresos y poner en *sus* manos una parte de las ganancias, a condición de que establezcan el control en todos sus aspectos y aumenten la producción. Si

³ En la prensa bolchevique he tenido ya ocasión de señalar que es correcto oponerse a la pena de muerte únicamente cuando los explotadores la aplican contra las *masas* trabajadoras, para mantener la explotación. Un Gobierno revolucionario, sea el que fuere, difícilmente podrá prescindir de la pena de muerte contra los *explotadores* (es decir, contra los terratenientes y los capitalistas).

esos pasos democrático-revolucionarios se hubiesen dado enseguida, inmediatamente, en abril de 1917, Rusia, uno de los países más ricos del mundo por sus reservas de combustible líquido, hubiese podido hacer muchísimo durante el verano, utilizando el transporte por agua para abastecer al pueblo del combustible necesario.

Ni el Gobierno burgués ni el Gobierno de coalición eserista-menchevique han hecho absolutamente nada. Ambos se han limitado al juego burocrático de las reformas. No se han atrevido a dar un solo paso democrático revolucionario. Los reyes del petróleo, el estancamiento, el odio de los obreros y empleados contra los explotadores, el caos resultante, el despilfarro de trabajo del pueblo; todo ha seguido como bajo el zarismo; ilo único que ha cambiado ha sido el *membrete* de los papeles que salen de las oficinas “republicanas” y entran en ellas!

Tomemos la industria del carbón. No está menos “madura”, por su nivel técnico y cultural, para la nacionalización, y no es administrada con menos desvergüenza por los saqueadores del pueblo, por los reyes del carbón, y hay muchos y muy evidentes *hechos* de sabotaje directo, de directo *deterioro* y paralización de la producción por los industriales. Hasta la ministerial *Rabochaya Gazeta* de los mencheviques ha reconocido estos hechos. ¿Y qué encontramos? Que no se hizo absolutamente nada, excepto llamar a las antiguas reuniones “paritarias” burocráticas reaccionarias –¡un número igual de obreros y de bandidos del consorcio del carbón!–. ¡No se ha dado un solo paso democrático revolucionario; no se ha hecho siquiera la tentativa de establecer el único control real, el control *desde abajo*, por medio del sindicato de empleados, por medio de los obreros, y empleando el terror contra los industriales del carbón, que llevan al país a la ruina y paralizan la producción! ¿Cómo se puede hacer eso cuando “todos” somos partidarios de la “coalición”, si no con los kadetes, con los círculos comerciales e industriales? Y la coalición significa dejar el poder en manos de los capitalistas, dejarlos maniobrar impunemente, permitirles que obstruyan, que culpen de todo a los obreros, que agudicen el caos y preparen *de este modo* una nueva revuelta de Kornilov.

Abolición del secreto comercial

Sin la abolición del secreto comercial, el control sobre la producción y la distribución, o bien quedará en una promesa vacua, útil sólo para que los kadetes engañen a los eseristas y a los mencheviques y estos, a su vez, a las clases trabajadoras, o bien se ejercerá únicamente con métodos y medios burocráticos reaccionarios. A pesar de que esto es evidente para cualquier persona sin prejuicios, a pesar de la tenacidad con que *Pravda* exigía la abolición del secreto comercial (y por esta razón, en gran parte, fue suspendida por el Gobierno de

Kerensky, tan sumiso al capital), ni nuestro Gobierno republicano ni los “organismos competentes de la democracia revolucionaria” han pensado siquiera en este *primer paso* hacia un verdadero control.

Aquí está la clave de todo control. Aquí tenemos el punto más sensible del capital, que saquea al pueblo y sabotea la producción. Por eso precisamente los eseristas y los mencheviques no se atreven a hacer nada al respecto.

El argumento habitual de los capitalistas, que la pequeñoburguesía repite sin reflexionar, consiste en que en la economía capitalista es en general absolutamente imposible la abolición del secreto comercial, porque la propiedad privada sobre los medios de producción y la supeditación de las distintas empresas al mercado imponen la “sagrada inviolabilidad” de los libros y de las operaciones comerciales, incluyendo, naturalmente, las operaciones bancarias.

Todo el que repita, en una u otra forma, este argumento u otros semejantes se engaña y engaña al pueblo al cerrar los ojos ante dos hechos fundamentales, importantísimos y universalmente conocidos, de la actividad económica moderna. El primer hecho es la existencia del gran capitalismo, es decir, los rasgos peculiares del sistema económico de los bancos, los consorcios, las grandes fábricas, etc. El segundo hecho es la guerra.

Precisamente el gran capitalismo moderno, que por todas partes se está convirtiendo en capitalismo monopolista, quita toda razón de ser al secreto comercial y lo convierte en una hipocresía, en un instrumento manejado exclusivamente para ocultar las trampas financieras y los beneficios inauditos del gran capital. La gran empresa capitalista es, por su mismo carácter técnico, una empresa socializada, es decir, que trabaja para millones de hombres y que asocia con sus operaciones, directa e indirectamente, a cientos, miles y decenas de miles de familias. ¡No es como la economía del pequeño artesano o del campesino medio, que no llevan ningún tipo de libros comerciales y a quienes, por lo tanto, no afecta la abolición del secreto comercial!

Así las cosas, en la gran empresa las operaciones realizadas son conocidas por cientos y miles de personas. Aquí la ley que protege el secreto comercial no sirve a los intereses de la producción o el intercambio, sino que sirve a los de la especulación y la usura en su forma más brutal, a los del fraude descarado, que, como se sabe, está particularmente extendido en el caso de las sociedades anónimas y se encubre con gran habilidad en las memorias y en los balances, compilados cuidadosamente para engañar al público.

Mientras en la pequeña producción de mercancías, es decir, entre los pequeños campesinos y los artesanos, donde la producción misma no está socializada, sino dispersa, desunida, el secreto comercial es inevitable, en la gran producción capitalista, por el contrario, proteger ese secreto significa proteger los privilegios y los beneficios de un puñado, así literalmente, de un puñado de personas *contra* los intereses de todo el pueblo. Eso lo han reconocido ya las leyes, por cuanto prescriben la publicación de las memorias de las sociedades anónimas. Pero *este* control, implantado ya en todos los países avanzados y

también en Rusia, es un control burocrático reaccionario, que no abre los ojos *al pueblo ni le permite saber toda la verdad* acerca de las operaciones de las sociedades anónimas.

Para actuar de un modo democrático revolucionario habría que dictar inmediatamente una ley de carácter distinto, aboliendo el secreto comercial, obligando a las grandes empresas y a los ricos a rendir cuentas con todo detalle y autorizando a cualquier grupo de ciudadanos de sustancial fuerza numérica democrática (digamos de unos mil a diez mil votantes) a comprobar *todos* los documentos de cualquier gran empresa. Tal medida es plena y fácilmente aplicable por simple decreto; *sólo* ella desplegaría la iniciativa *popular* en el control por medio de los sindicatos de empleados, por medio de los sindicatos obreros y por todos los partidos políticos; sólo ella haría que el control fuese efectivo y democrático.

A esto viene a sumarse la guerra. La inmensa mayoría de los establecimientos comerciales e industriales no trabajan hoy para el “mercado libre”, *sino para el Estado*, para la guerra. Por eso, yo he dicho ya en *Pravda* que mienten, y descaradamente además, quienes nos contraatacan con el argumento de que no es posible implantar el socialismo, porque no se trata de implantar el socialismo ahora, en el acto, de la noche a la mañana, sino de *desenmascarar la dilapidación de fondos públicos*.

La economía capitalista “de guerra” (es decir, la economía directa o indirectamente relacionada con los suministros de guerra) es la *dilapidación de fondos públicos* sistemática y legalizada, y los señores kadetes, y con ellos los mencheviques y los eseristas que se oponen a la abolición del secreto comercial, no son más que *cómplices y encubridores* de la *dilapidación de fondos públicos*.

La guerra cuesta hoy a Rusia cincuenta millones de rublos *diarios*. La mayor parte de estos cincuenta millones va a parar a manos de los proveedores del Ejército. De estos cincuenta millones, por lo menos, cinco millones *diarios*, y quizá diez millones o más, constituyen los “ingresos honestos” de los capitalistas y de los funcionarios que de uno u otro modo están confabulados con ellos. Las grandes compañías y los bancos, que adelantan el dinero para las transacciones de los suministros de guerra, embolsan de este modo ganancias inauditas, y lo hacen saqueando al Estado, ya que no puede darse otro nombre a esta estafa y robo al pueblo “con motivo” de las calamidades de la guerra, “con motivo” de la muerte de cientos de miles y millones de hombres.

“Todo el mundo” sabe acerca de esas ganancias escandalosas amasadas con los suministros de guerra, acerca de las “cartas de garantía” ocultadas por los bancos y acerca de quiénes se enriquecen a costa de la carestía cada vez mayor. En la “sociedad” se habla de ello con una sonrisa y *hasta* la prensa burguesa, que por lo general guarda silencio sobre los hechos “desagradables” y elude los problemas “delicados”, contiene no pocas alusiones concretas a esos asuntos. Todo el mundo lo sabe y todo el mundo guarda silencio, todo el mundo lo tolera, todo el mundo transige con el Gobierno, que charla elocuentemente acerca del “control” y de la “regulación”!!

Los demócratas revolucionarios, si fuesen revolucionarios y demócratas de verdad, dictarían inmediatamente una ley aboliendo el secreto comercial, obligando a los proveedores y a los negociantes a rendir cuentas, prohibiéndoles cambiar de actividad sin permiso de las autoridades; una ley que imponga la confiscación de bienes y el fusilamiento para castigar la ocultación y los engaños al pueblo y que organice la verificación y el control *desde abajo*, democráticamente, por el propio pueblo, por los sindicatos de obreros y empleados, por las asociaciones de consumidores, etcétera.

Nuestros eseristas y mencheviques merecen plenamente el nombre de demócratas atemorizados, porque en este problema repiten lo que dicen todos los filisteos atemorizados: que los capitalistas “huirían” si se adoptaran medidas “demasiado rigurosas”; que “nosotros” no podríamos salir adelante sin los capitalistas; que, probablemente, esas medidas “ofenderían” también a los millonarios británicos y franceses, quienes, por supuesto, nos “apoyan”, etc. Podría creerse que los bolcheviques proponen una cosa desconocida en la historia de la humanidad, jamás probada antes, “utópica”, cuando, en realidad, hace ya más de ciento veinticinco años, en Francia, unos hombres que eran verdaderos “demócratas revolucionarios”, unos hombres realmente convencidos del carácter justo y defensivo de la guerra que libraban, que verdaderamente tenían apoyo popular y estaban sinceramente convencidos de esto, supieron implantar un control *revolucionario* sobre los ricos y obtener resultados que dejaron admirado al mundo entero. Y en el siglo y cuarto que ha transcurrido desde entonces el desarrollo del capitalismo, que llevó a la creación de bancos, consorcios, ferrocarriles, etc., etc., ha facilitado y simplificado extraordinariamente la adopción de medidas de control verdaderamente democrático de los obreros y los campesinos sobre los explotadores, los terratenientes y los capitalistas.

En el fondo, todo el problema del control se reduce a quién controla a quién, es decir, qué clase tiene el control y cuál es la controlada. En nuestro país, en la Rusia republicana, con la ayuda de los “organismos competentes” de una pretendida democracia revolucionaria, se sigue reconociendo, y sigue siendo así, que quienes ejercen el control son los terratenientes y los capitalistas. Consecuencia inevitable de ello es el saqueo de los capitalistas, que provoca la indignación general del pueblo, y el caos económico artificialmente mantenido por los capitalistas. Es preciso pasar resuelta y definitivamente, sin temor a romper con lo viejo, sin temor a construir audazmente lo nuevo, al control ejercido *por* los obreros y los campesinos *sobre* los terratenientes y los capitalistas. Pero nuestros eseristas y mencheviques temen a eso más que a la peste.

Asociación obligatoria

La agremiación obligatoria, es decir, la agrupación obligatoria en asociaciones, por ejemplo, de los industriales, rige ya prácticamente en Alemania.

Tampoco hay nada nuevo en ello. También en esto, por culpa de los eseristas y mencheviques, observamos el completo estancamiento de la Rusia republicana, a la que esos poco honorables partidos “entretienen” bailando un rigodón con los kadetes, o con los Bublikov, o con Tereschenko y Kerensky.

La agremiación obligatoria es, por un lado, un medio con el cual el Estado, por decirlo así, impulsa el desarrollo capitalista, que conduce en todas partes a la organización de la lucha de clases y al aumento del número, variedad e importancia de las asociaciones. Por otro lado, esta “sindicalización” obligatoria es una condición previa indispensable de todo tipo de control eficaz y de todo ahorro de trabajo nacional.

La ley alemana obliga, por ejemplo, a los propietarios de curtiembres de una localidad dada o de todo el país a agruparse en una asociación, en cuya dirección hay, con fines de control, un representante del Estado. Directamente, es decir, de por sí, semejante ley no afecta en lo más mínimo las relaciones de propiedad, no priva de un solo *kopek* a ningún propietario ni predetermina si la forma, la tendencia y el espíritu del control serán burocráticos reaccionarios o democráticos revolucionarios.

Leyes como esta podrían y deberían dictarse en nuestro país inmediatamente, sin perder una semana de tiempo precioso; debería dejarse que *las mismas condiciones sociales* determinasen las formas más concretas de aplicación de la ley, la rapidez con que será aplicada, los métodos de vigilar su aplicación, etc. En este caso, el Estado no necesita disponer de un aparato especial ni recurrir a investigaciones especiales ni a estudios previos de ninguna clase. Todo lo que se necesita es la decisión de romper con ciertos intereses privados de los capitalistas, que “no están acostumbrados” a esas intromisiones y no quieren perder las superganancias que les aseguran los viejos métodos de administración y la falta de control.

Para *dictar* tal ley no se necesita ningún aparato ni ninguna “estadística” (con la que Chernov pretendía suplantar la iniciativa revolucionaria del campesinado), ya que su ejecución estaría a cargo de los mismos fabricantes o industriales, de las fuerzas sociales *existentes*, bajo el control de fuerzas sociales (es decir, no gubernamentales, no burocráticas) también existentes, pero que deben pertenecer obligatoriamente a las llamadas “capas inferiores”, es decir, a las clases oprimidas y explotadas, que por su capacidad de heroísmo, abnegación y disciplina basada en la camaradería han demostrado siempre, en todo el curso de la historia, ser inmensamente *superiores* a los explotadores.

Supongamos que tenemos un Gobierno verdaderamente democrático revolucionario y que este Gobierno decida que todos los fabricantes e industriales de todas las ramas de la producción que empleen, digamos, no menos de dos obreros, deben agruparse de inmediato en asociaciones de distrito y de provincia. La responsabilidad por el estricto cumplimiento de esta ley incumbe en primer lugar a los fabricantes, a los directores, a los miembros de dirección y a los grandes accionistas (pues todos ellos son los verdaderos jefes de la industria moderna, sus verdaderos amos). Serán considerados como desertores del servicio militar

y castigados como tales si no trabajan por el cumplimiento inmediato de la ley, y responderán con todos sus bienes, según el principio de la caución solidaria: todos por uno y uno por todos. Asimismo, se hará responsables tanto a todos los empleados, que también formarán un sindicato *único*, como a todos los obreros y a su respectivo sindicato. La finalidad de la “sindicalización” es instituir la contabilidad más completa, más rigurosa y más detallada, pero sobre todo *centralizar las operaciones* de compra de materias primas, la venta de los productos, así como *ahorrar* recursos y fuerzas del pueblo. Una vez que se hayan agrupado en un solo sindicato los establecimientos desperdigados, este ahorro adquirirá proporciones gigantescas, como enseña la ciencia económica y demuestra la experiencia de todos los consorcios, cárteles y trusts. Debemos repetir una vez más que, de por sí, esta sindicalización no altera un ápice las relaciones de propiedad ni priva de un solo *kopek* a ningún propietario. Hay que subrayar con fuerza esta circunstancia, porque la prensa burguesa no cesa de “asustar” a los pequeños y medianos propietarios afirmando que los socialistas en general, y los bolcheviques en particular, quieren “expropiarlos”; esta afirmación es una deliberada mentira, ya que los socialistas, *aun en el caso* de una revolución *completamente socialista*, no expropiarán a los pequeños campesinos, ya que no pueden ni quieren hacerlo. Nosotros hablamos *únicamente* de las medidas inmediatas y urgentes, ya implantadas en Europa occidental y que una democracia medianamente consecuente habría implantado también en Rusia sin demora, para combatir la inminente e inevitable catástrofe.

La agrupación en asociaciones de los pequeños y muy pequeños propietarios tropezaría con serias dificultades técnicas y culturales debido a las pequeñísimas proporciones de sus empresas, a la primitiva técnica de estas y al analfabetismo o la falta de instrucción de los propietarios. Pero esas empresas, precisamente, podrían ser eximidas del cumplimiento de la ley (como señalamos en el hipotético ejemplo citado antes). El hecho de que no hubieran sido agrupadas –sin hablar de su agrupación posterior– no representaría un obstáculo serio, porque las pequeñas empresas, aunque muy numerosas, desempeñan un papel *insignificante* en el volumen global de la producción, en la economía en su conjunto y, además, dependen casi siempre, en una forma u otra, de las grandes empresas.

Sólo las grandes empresas tienen una importancia decisiva, y aquí se *dan* ya los recursos y las fuerzas técnicas y culturales necesarios para proceder a la “sindicalización”. Lo que falta es la iniciativa firme, decidida de un Gobierno *revolucionario*, que debe ser implacablemente severa para con los explotadores, a fin de poner en movimiento esas fuerzas y esos recursos.

Cuanto más pobre es un país en fuerzas con instrucción técnica y en fuerzas intelectuales en general, más *se impone* la necesidad de decretar cuanto antes y lo más resueltamente posible la asociación obligatoria, y de comenzar por las empresas grandes y muy grandes, ya que precisamente la asociación permitirá *ahorrar* fuerzas intelectuales para aprovecharlas *íntegramente* y distribuir las con más acierto. Si hasta los campesinos rusos, en sus apartados rincones, bajo el

Gobierno zarista, frente a los miles de obstáculos que erigía ese Gobierno, supieron, después de 1905, dar un gigantesco paso en la creación de organizaciones de todo género, es evidente que en unos cuantos meses, si no antes, podría llevarse a cabo la asociación de la gran y mediana industria y del comercio, siempre que la coerción fuese ejercida por un Gobierno verdaderamente democrático revolucionario, apoyado en la ayuda, la participación, el interés y la conveniencia de las “capas inferiores”, la democracia, los obreros y empleados, un Gobierno que *los* llamara a ejercer el control.

La regulación del consumo

La guerra ha obligado a todos los países beligerantes y a muchos de los países neutrales a regular el consumo. Se han puesto en circulación las tarjetas de racionamiento del pan y se han convertido en algo habitual, y tras ellas aparecieron otras tarjetas de racionamiento. Rusia no es una excepción y ha implantado también las tarjetas de racionamiento del pan.

A la luz de este ejemplo, podemos quizá trazar la más vívida comparación entre los métodos burocráticos reaccionarios de lucha contra la catástrofe, que se limitan a un mínimo de reformas, y los métodos democráticos revolucionarios que, si quieren ser dignos de ese nombre, deben proponerse como objetivo inmediato romper violentamente con el viejo y caduco sistema y realizar el progreso más rápido posible.

Las tarjetas de racionamiento del pan, ejemplo típico de la regulación del consumo en los países capitalistas modernos, se propone y lleva a cabo (en el mejor de los casos) una sola cosa: distribuir las existencias de cereal de manera que alcancen para todos. Se establece un límite máximo para el consumo, no de todos, ni mucho menos, sino de los comestibles más importantes, los de consumo “popular”. Eso es todo. Nada más les preocupa. Las existencias de cereal se calculan burocráticamente, luego se dividen per cápita, se fija una ración y se implanta, y ahí termina el asunto. Los artículos de lujo no se tocan, dado que son “de todos modos” tan escasos y “de todos modos” tan caros que no están al alcance del “pueblo”. Por eso, en *todos* los países beligerantes, absolutamente en todos, *incluso* en Alemania, país que sin duda puede ser considerado sin temor a contradicciones modelo de la regulación más cuidadosa, pedantesca y rigurosa del consumo, *incluso* en Alemania vemos cómo los ricos *burlan* constantemente todo “racionamiento”. Y también esto lo sabe “todo el mundo”, también “todo el mundo” habla de ello con una sonrisa; y en los periódicos socialistas alemanes –y de vez en cuando hasta en los periódicos burgueses– vemos constantemente, a pesar de las ferocidades de la censura de allí, con su rigidez militar, noticias e informes acerca del “menú” de los ricos; del pan blanco que estos obtienen en cualquier cantidad en tal o cual balneario (haciéndose pasar por enfermos, a esos balnearios concurren todos... los que

tienen dinero); de cómo los ricos consumen en lugar de los artículos que consume el pueblo, artículos de lujo, refinados y raros.

El reaccionario Estado capitalista, que *teme* socavar los cimientos del capitalismo, de la esclavitud asalariada, de la supremacía económica de los ricos, que *teme* fomentar la iniciativa de los obreros y de los trabajadores en general, que *teme* “suscitar” en ellos una actitud más exigente, *ese* Estado no necesita nada más que las tarjetas de racionamiento del pan. Ese Estado no pierde jamás de vista, ni por un instante, en ninguno de los pasos que da, su meta *reaccionaria*: consolidar el capitalismo, impedir su quebrantamiento, circunscribir la “regulación de la vida económica” en general y la regulación del consumo en particular a las medidas estrictamente indispensables para alimentar al pueblo, y *no intenta* en modo alguno una regulación efectiva del consumo mediante el *control sobre los ricos*, mediante un sistema que, en tiempos de guerra, imponga *mayores* cargas a los que en tiempos de paz son los más acomodados, los privilegiados, satisfechos y sobrealimentados.

La solución burocrática reaccionaria del problema planteado a los pueblos por la guerra se limita al racionamiento del pan, a la distribución equitativa de los artículos de consumo “popular”, de los que son absolutamente indispensables para alimentar al pueblo, sin apartarse ni una pulgada de las ideas burocráticas y reaccionarias, es decir, del objetivo de *no* alentar la iniciativa de los pobres, del proletariado, de la masa del pueblo (“demos”), de *no* permitir *su* control sobre los ricos y dejar el *mayor número posible* de escapatorias para que los ricos puedan gratificarse con artículos de lujo. Esas escapatorias se dejan en gran abundancia en *todos* los países, incluso, repetimos, en Alemania –y no hablemos de Rusia–; en todas partes la “gente común” pasa hambre, mientras los ricos se instalan en los balnearios, completan las escasas raciones oficiales con todo género de “extras” y *no se* dejan controlar.

En Rusia, que acaba de hacer la revolución contra el régimen zarista en nombre de la libertad y de la igualdad; en Rusia, que se ha convertido de golpe, si nos atenemos a sus instituciones políticas efectivas, en una república democrática, lo que impresiona particularmente al pueblo, lo que suscita particularmente el descontento, la irritación, la cólera y la indignación del pueblo, es la facilidad, que *todo el mundo* ve, con que los ricos burlan las “tarjetas de racionamiento del pan”. Esa facilidad es enorme, en efecto. “Por debajo del mostrador”, y a precios muy altos, sobre todo cuando se tiene “*vinculaciones*” (las tienen únicamente los ricos), se puede obtener lo que se quiere y en grandes cantidades. El pueblo es el que pasa hambre. La regulación del consumo se limita al más estrecho marco burocrático reaccionario. Y el Gobierno no manifiesta la menor intención de establecer una regulación basada en principios auténticamente democráticos revolucionarios, no se preocupa en lo más mínimo de hacerlo.

¡“Todo el mundo” sufre en las colas; “todo el mundo”... sólo que los ricos mandan a la cola a sus criados y hasta toman criados especialmente para ese propósito! ¡Y eso es “democracia”!

Una política democrática revolucionaria no se limitaría en momentos en que el país sufre calamidades indecibles a establecer el racionamiento del pan para luchar contra la catástrofe inminente. Añadiría a eso, en primer lugar, la organización obligatoria de toda la población en cooperativas de consumo, porque sin esa medida es imposible ejercer un control integral del consumo; en segundo lugar, el trabajo obligatorio para los ricos, haciéndolos prestar servicios gratuitos como secretarios de las cooperativas de consumo o en otras tareas similares; en tercer lugar, la distribución equitativa de absolutamente todos los artículos de consumo entre la población, para repartir de un modo verdaderamente equitativo las cargas de la guerra; en cuarto lugar, la organización del control de tal manera que las clases pobres de la población ejercerían el control sobre el consumo de los ricos.

La instauración de una verdadera democracia en esta esfera y el despliegue de un espíritu verdaderamente revolucionario en la organización del control por las clases más necesitadas del pueblo sería el estímulo más grande para el empleo de todas las fuerzas intelectuales existentes y para el desarrollo de las energías verdaderamente revolucionarias de todo el pueblo. Hoy, los ministros de la Rusia republicana y democrática revolucionaria, exactamente lo mismo que sus colegas de todos los demás Estados imperialistas, pronuncian discursos altisonantes acerca del “trabajo común en bien del pueblo” y acerca de “hacer todo lo posible”, pero el pueblo ve, percibe y siente la hipocresía de esa charla.

El resultado es que no se adelanta nada, mientras el caos aumenta de modo incontenible y la catástrofe se acerca, porque nuestro Gobierno no puede someter a los obreros a un régimen de presidio militar, según el modelo general imperialista de Kornilov o de Hindenburg: las tradiciones, los recuerdos, las huellas, las costumbres y las instituciones de la *revolución* están aún demasiado vivos en el pueblo; nuestro Gobierno no quiere dar ningún paso realmente serio por la senda democrática revolucionaria, porque está totalmente saturado y enredado de pies a cabeza por su dependencia de la burguesía, por su “coalición” con la burguesía y por su miedo a atentar contra los reales privilegios de esta.

El Gobierno destruye la labor de las organizaciones democráticas

Hemos examinado los diversos medios y procedimientos para luchar contra la catástrofe y el hambre. Hemos visto en todas partes que las contradicciones entre los demócratas, por una parte, y, por otra, el Gobierno y el bloque de los eseristas y los mencheviques que lo apoya son irreconciliables. A fin de probar que esas contradicciones existen en la realidad y no sólo en nuestra exposición, y que su carácter irreconciliable lo confirman *en la práctica* conflictos que afectan a todo el pueblo, basta recordar dos “resultados” muy típicos, dos enseñanzas de los seis meses de historia de nuestra revolución.

Una de estas enseñanzas es la historia del “reinado” de Palchinsky. Otra, la historia del “reinado” y la caída de Peshejonov.

Las medidas que hemos descrito para luchar contra la catástrofe y el hambre se reducen a fomentar por todos los medios (hasta por la coerción) la “sindicalización” de la población, y en primer término de los demócratas, es decir, de la mayoría de la población, o sea, ante todo, de las clases oprimidas, de los obreros y los campesinos, principalmente de los campesinos pobres. La población por sí misma, de un modo espontáneo, empezó a seguir ese camino para luchar contra las inauditas dificultades, cargas y calamidades de la guerra.

El zarismo ponía todo género de trabas a la “sindicalización” libre e independiente de la población. Pero una vez derrocada la monarquía zarista, las organizaciones democráticas comenzaron a surgir y a desarrollarse rápidamente en toda Rusia. La lucha contra la catástrofe fue emprendida por organizaciones democráticas surgidas espontáneamente, por todo tipo de comités de aprovisionamiento, comités de abastecimiento de víveres, comisiones de combustibles, etc., etcétera.

Y lo más notable en los seis meses de nuestra revolución, en cuanto al problema que estudiamos, es que un *Gobierno* que se llama republicano y revolucionario, y que es *apoyado* por los mencheviques y los eseristas en nombre de los “órganos competentes de la democracia revolucionaria”, *luchó contra* las organizaciones democráticas y *las derrotó!*

Palchinsky ha adquirido, en esta lucha, la más triste y más amplia celebridad en toda Rusia. Actuó al amparo del Gobierno, sin intervenir abiertamente (como preferían actuar, generalmente, los kadetes, poniendo delante de buena gana, “para el pueblo”, a Tsereteli, mientras ellos mismos arreglaban con disimulo todos los asuntos importantes). Palchinsky frenó y sabotó todas las medidas serias tomadas por las organizaciones democráticas espontáneamente creadas, porque ninguna medida seria podía tomarse sin “afectar” los excesivos beneficios y la arbitrariedad de los Kit Kitich y Palchinsky era fiel abogado y servidor de estos. Y tan lejos fueron las cosas que Palchinsky –este hecho fue publicado en los periódicos– *llegó a anular* sin más ni más las disposiciones de las organizaciones democráticas creadas espontáneamente!!

Toda la historia del “reinado” de Palchinsky –y “reinó” durante muchos meses, precisamente cuando eran “ministros” Tsereteli, Skobeliev y Chernov– es un monstruoso escándalo del principio al fin; la voluntad del pueblo y de las resoluciones de los demócratas fueron frustradas para *complacer* a los capitalistas y satisfacer su inmundicia. Naturalmente la prensa sólo pudo publicar una ínfima parte de las “hazañas” de Palchinsky; la investigación completa de cómo *obstaculizaba* la lucha contra el hambre sólo podrá realizarla un Gobierno verdaderamente democrático del proletariado, cuando este conquiste el poder y someta *al tribunal* del pueblo, sin ocultaciones, todas las acciones de Palchinsky y sus semejantes.

Quizá se nos objetará que Palchinsky era una excepción y que, al fin y al cabo, fue destituido... Pero el caso es que Palchinsky no es la excepción, sino *la regla*, que con su destitución las cosas no han mejorado en lo más mínimo, que su vacante ha sido ocupada por otros Palchinsky con otros apellidos y que toda la “influencia” de los capitalistas y toda la política de *frustrar la lucha contra el hambre para complacer a los capitalistas* han quedado intactas, ya que Kerensky y Cía. no son más que un biombo que cubre la defensa de los intereses de los capitalistas.

La prueba más evidente de esto es la dimisión de Peshejonov, ministro de Abastecimiento. Como se sabe, Peshejonov es un populista de los más moderados. No obstante, quiso emprender la organización del abastecimiento concienzudamente, en contacto con las organizaciones democráticas y apoyándose en estas. La *experiencia* de Peshejonov y su *dimisión* son tanto más interesantes porque este moderadísimo populista, afiliado al partido “socialista popular” y dispuesto a aceptar cualquier compromiso con la burguesía, se vio, a pesar de todo, obligado a dimitir, ya que para complacer a los capitalistas, a los terratenientes y a los *kulaks*, el Gobierno de Kerensky ha *subido* los precios fijos del cereal!!

He aquí cómo relata M. Smith, en el N.º 1 de *Svobodnaya Zhizn* del 2 de septiembre, este “paso” y su significación:

Pocos días antes de que el Gobierno acordase elevar los precios fijos se desarrolló en el Comité Nacional de Abastecimiento la siguiente escena: el representante de la derecha, Rolovich, tenaz defensor de los intereses del comercio privado y enemigo implacable del monopolio del cereal y de la intervención estatal en los asuntos económicos, declaró en público, con una sonrisa de satisfacción, que entendía que pronto iban a ser subidos los precios fijos del cereal.

El representante del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados le replicó que él no tenía la menor noticia de ello y que, mientras durase en Rusia la revolución, dicha medida no podía aplicarse; y que, en todo caso, el Gobierno no daría tal paso sin consultar antes con los organismos democráticos competentes: el Consejo Económico y el Comité Nacional de Abastecimiento. A estas manifestaciones se adhirió el representante del Sóviet de Diputados Campesinos.

¡Pero, ay, la realidad enmendó cruelmente esta controversia! Dio la razón, no a los representantes de la democracia, sino al representante de los elementos ricos. Resultó que este estaba magníficamente informado de la preparación de un atentado contra los derechos democráticos, a pesar de que los representantes democráticos rechazaban indignados hasta la posibilidad de que ese atentado llegase a consumarse.

Es decir, que tanto el representante de los obreros como el representante de los campesinos expresan concretamente su opinión en nombre de la abrumadora mayoría del pueblo, ¡pero el Gobierno de Kerensky actúa contrariamente a esa opinión, en interés de los capitalistas!

Rolovich, representante de los capitalistas, resultó estar perfectamente informado, a espaldas de los demócratas, exactamente igual que, como hemos visto siempre y vemos también ahora, los periódicos burgueses *Rech* y *Birzhevka* son los que están mejor informados de lo que ocurre en el Gobierno de Kerensky.

¿Qué denota esa excelente información? Indudablemente, que los capitalistas tienen sus “canales” y que el poder está *en los hechos* en sus manos. Kerensky no es más que un títere, a quien ponen en movimiento cuando y como lo creen necesario. Los intereses de decenas de millones de obreros y campesinos se sacrifican por los beneficios de un puñado de ricos.

¿Y cómo responden a esta afrenta de que se hace objeto al pueblo nuestros eseristas y mencheviques? ¿Tal vez hayan dirigido a los obreros y a los campesinos un llamamiento para decirles que, en vista de todo eso, el único sitio de Kerensky y de sus colegas está en la cárcel?

¡Dios nos libre! ¡Los eseristas y los mencheviques, por medio de su Departamento Económico, se limitaron a votar una resolución impresionante, a la que ya nos hemos referido! ¡En esa resolución declaran que el aumento de los precios del cereal por el Gobierno de Kerensky es “una medida *funesta*, que asesta *un severo golpe* al abastecimiento y a toda la vida económica del país” y que estas medidas funestas se han aplicado “*violando*” abiertamente la ley!!

¡Tales son los resultados de la política de conciliación, la política de coquetos con Kerensky y el deseo de “*compadecerse*” de él!

Al adoptar, en interés de los ricos, los terratenientes y los capitalistas, una medida que *echa por tierra* toda la tarea del control, el abastecimiento y la estabilización de las finanzas quebrantadas en extremo, el Gobierno viola la ley, y los eseristas y los mencheviques continúan hablando de un entendimiento con los círculos del comercio y la industria, continúan conferenciando con Tereschenko, compadeciendo a Kerensky y se limitan a votar una resolución de protesta puramente formal, ¡que el Gobierno archiva tranquilamente!!

Esto revela con gran claridad el hecho de que los eseristas y los mencheviques han traicionado al pueblo y a la revolución y de que los bolcheviques se están convirtiendo en los verdaderos dirigentes de las masas, *incluso* de las masas eseristas y mencheviques.

Porque sólo la conquista del poder por el proletariado, dirigido por el Partido Bolchevique, puede poner fin a los abusos de Kerensky y Cía. y *restaurar* la labor de las organizaciones democráticas de distribución de víveres, abastecimiento y otras, que Kerensky y su Gobierno han *desbaratado*.

Los bolcheviques obran –el ejemplo anterior lo demuestra muy claramente– como representantes de los intereses de *todo* el pueblo que luchan por asegurar la distribución de víveres y el abastecimiento, por satisfacer las necesidades más apremiantes de los obreros *y de los campesinos*, a pesar de la política vacilante, irresoluta y verdaderamente traidora de los eseristas y de los mencheviques, iuna política que ha llevado el país a un acto tan ignominioso como este aumento de los precios del cereal!

La bancarrota financiera y las medidas para combatirla

El problema del aumento de los precios fijos del cereal presenta, además, otro aspecto. Este aumento de precios trae consigo un nuevo aumento caótico de la emisión de papel moneda, un aumento más en el costo de la vida, el incremento de la desorganización financiera y la aproximación de la bancarrota financiera. Todo el mundo reconoce que la emisión de papel moneda constituye un empréstito forzoso de la peor especie, que empeora, principalmente, la situación de los obreros, el sector más pobre de la población, y que es el mal fundamental engendrado por el caos financiero.

¡Y esa es precisamente la medida a que recurre el Gobierno de Kerensky, apoyado por los eseristas y los mencheviques!

Para combatir seriamente la desorganización y la inevitable bancarrota financieras no hay más camino que la ruptura revolucionaria con los intereses del capital y la organización de un control verdaderamente democrático, es decir, “desde abajo”, el control de los obreros y los campesinos pobres *sobre* los capitalistas; el camino a que nos referimos a lo largo de la primera parte de esta exposición.

La emisión ilimitada de papel moneda estimula la especulación, permite a los capitalistas amasar millones de rublos y crea enormes dificultades al tan necesario aumento de la producción, porque el ya alto costo de los materiales, la maquinaria, etc., sigue aumentando a saltos. ¿Cómo poner remedio a esto cuando se ocultan las fortunas adquiridas por los ricos mediante la especulación?

Puede implantarse un impuesto a las utilidades con tasas progresivas y muy elevadas para los grandes y muy grandes ingresos. Nuestro Gobierno, siguiendo las huellas de los demás Gobiernos imperialistas, ha implantado este impuesto. Pero no es, en gran parte, más que una ficción, letra muerta: primero, porque el valor de la moneda está cayendo cada vez con más rapidez, y segundo, porque la ocultación de los ingresos es tanto mayor cuanto más derivan de la especulación y más se protege el secreto comercial.

Para que este impuesto fuese real y no nominal habría que proceder a un control efectivo y no ficticio. Pero el control sobre los capitalistas es imposible mientras no pierda su carácter burocrático, ya que la burocracia misma está atada y entrelazada con la burguesía por miles de hilos. Por eso, en los Estados imperialistas de Europa occidental, sean monarquías o repúblicas, el orden financiero se logra a costa de la implantación del “trabajo obligatorio”, que para los obreros crea el *presidio militar* o la *esclavitud militar*.

El control burocrático reaccionario: he ahí el único método que conocen los Estados imperialistas, sin exceptuar las repúblicas democráticas de Francia y Norteamérica, para volcar las cargas de la guerra sobre el proletariado y los trabajadores.

La contradicción fundamental de la política de nuestro Gobierno reside en que –para no reñir con la burguesía, para no deshacer la “coalición” con

ella— el Gobierno tiene que implantar un control burocrático reaccionario, al que llama “democrático revolucionario”, engañando a cada paso al pueblo, exasperando y enfureciendo a las masas que acaban de derrocar al zarismo.

En cambio, sólo la aplicación de medidas democráticas y revolucionarias, sólo la organización de las clases oprimidas, los obreros y los campesinos, las masas, en asociaciones permitirían establecer el control más efectivo *sobre los ricos* y librar la lucha más exitosa contra la ocultación de los ingresos.

Se quiere fomentar la circulación de cheques como medio de evitar la emisión excesiva de papel moneda. Para los pobres esa medida carece de significación, ya que de todos modos viven al día, realizan su “ciclo económico” en una semana y restituyen a los capitalistas los contados *kopeks* que han conseguido ganar. Para los ricos, la circulación de cheques podría tener una gran significación, ya que permitiría al Estado —particularmente si se acompaña de medidas tales como la nacionalización de los bancos y la abolición del secreto comercial— *controlar realmente* los ingresos de los capitalistas, fijarles realmente impuestos y “democratizar” (y, al mismo tiempo, ordenar) realmente el sistema financiero.

Pero el obstáculo con que se tropieza es el miedo de atentar contra los privilegios de la burguesía y de romper la “coalición” con ella; porque sin medidas verdaderamente revolucionarias, sin la más seria coerción, los capitalistas no se someterán a ningún control, no descubrirán sus presupuestos ni entregarán sus reservas de papel moneda para que el Estado democrático “lleve la cuenta” de ellas.

Los obreros y los campesinos, organizados en asociaciones, por medio de la nacionalización de los bancos, de una ley que hiciese obligatorio el uso de cheques para todos los ricos, la abolición del secreto comercial, la confiscación de los bienes como castigo por la ocultación de los ingresos, etc., podrían, con extraordinaria facilidad, hacer el control eficaz y universal, establecer el control precisamente sobre los ricos, un control que *reintegraría al fisco* el papel moneda por él emitido, de manos de *quienes lo tienen, de quienes lo ocultan*.

Para ello hay que instaurar una dictadura revolucionaria de la democracia, encabezada por el proletariado revolucionario, es decir, para ello la democracia debe ser revolucionaria *en los hechos*. Ese es el quid de la cuestión. Pero eso es lo que no quieren nuestros eseristas y mencheviques, que despliegan la *bandera* de la “democracia revolucionaria” para engañar al pueblo y en los hechos apoyan la política burocrática reaccionaria de la burguesía, cuya norma es siempre la misma: “*Après nous le déluge*” (después de nosotros, el diluvio).

Generalmente, no nos damos cuenta hasta qué punto han arraigado en nosotros las costumbres y prejuicios antidemocráticos en cuanto a la “santidad” de la propiedad burguesa. Cuando un ingeniero o un banquero publican los ingresos y los gastos de un obrero, los datos referentes a su salario y a la productividad de su trabajo, eso se considera perfectamente justo y legal. A nadie se le ocurre ver en ello una intromisión en la “vida privada” del obrero

ni “espionaje o delación” por parte del ingeniero. La sociedad burguesa considera el trabajo y los ingresos de un asalariado como *su* libro abierto, en el que cualquier burgués tiene el derecho de husmear en cualquier momento y de denunciar en cualquier momento el “lujo” del obrero, su supuesta “haraganería”, etcétera.

Bien, ¿y qué hay respecto al control inverso? ¿Qué pasaría si el Estado *democrático* invitase a los sindicatos de empleados, de oficinistas, de los *servidores domésticos* a verificar los ingresos y los gastos de los capitalistas, a publicar los datos correspondientes, a ayudar al Gobierno a combatir la ocultación de los ingresos?

¿Qué salvajes clamores lanzaría la burguesía contra el “espionaje” y la “delación”? ¡Que los “amos” controlen a sus servidores, que los capitalistas controlen a los obreros, eso es considerado como la cosa más natural; la vida privada de los trabajadores y de los explotados, *no* se considera inviolable! La burguesía tiene derecho a pedir cuentas a todo “esclavo asalariado”, a dar publicidad en cualquier momento a sus ingresos y sus gastos. Pero que los oprimidos intenten controlar a los opresores, sacar a la luz *sus* ingresos y *sus* gastos, denunciar *su* lujo, aun en tiempo de guerra, cuando ese lujo es el responsable directo del hambre y de la muerte de los ejércitos en el frente... ¡Oh, no! ¡La burguesía no tolerará ni el “espionaje” ni la “delación”!

Todo se reduce a lo mismo: la dominación de la burguesía *es incompatible* con una democracia verdadera, auténticamente revolucionaria. En el siglo XX, y en un país capitalista, no podemos ser demócratas revolucionarios *si* tememos marchar hacia el socialismo.

¿Podemos avanzar si tememos marchar hacia el socialismo?

Cuanto hemos expuesto podría suscitar fácilmente en un lector educado en las ideas oportunistas corrientes entre los eseristas y los mencheviques la siguiente objeción: la mayor parte de las medidas aquí descritas no son, en realidad, medidas democráticas, *ison ya* medidas socialistas!

Esta objeción corriente, habitual (en una u otra forma) en la prensa burguesa, eserista y menchevique, es una defensa reaccionaria del capitalismo atrasado, una defensa aderezada a lo Struve. Nosotros –dicen– no estamos todavía maduros para el socialismo; sería prematuro “implantar” el socialismo; nuestra revolución es una revolución burguesa; debemos ser, por lo tanto, lacayos de la burguesía (¡a pesar de que, hace ya más de ciento veinticinco años, los grandes revolucionarios burgueses de Francia hicieron grande a su revolución ejerciendo el *terror* contra todos los opresores, contra los terratenientes y los capitalistas!).

Los seudomarxistas al servicio de la burguesía, a los que se han sumado los eseristas, discurren de ese modo, no comprenden (como lo demuestra un análisis de las bases teóricas de su opinión) qué es el imperialismo, qué son los

monopolios capitalistas, qué es el Estado, qué es la democracia revolucionaria. Porque si se comprende eso no puede dejar de reconocerse que es imposible avanzar sin marchar hacia el socialismo.

Todo el mundo habla del imperialismo. Pero el imperialismo no es otra cosa que el capitalismo monopolista.

Que también en Rusia el capitalismo se ha transformado en capitalismo monopolista lo evidencian palpablemente los ejemplos de los monopolios Prodogol y Prodamet, el consorcio del azúcar, etc. Este consorcio del azúcar es una lección práctica de cómo el capitalismo monopolista se transforma en capitalismo monopolista de Estado.

¿Y qué es el Estado? Es la organización de la clase dominante; en Alemania, por ejemplo, la organización de los *junkers* y los capitalistas. Por eso, lo que los Plejanov alemanes (Scheidemann, Lensch, etc.) llaman “socialismo de guerra” no es en realidad más que un capitalismo monopolista de Estado en tiempo de guerra o, dicho en términos más sencillos y claros, presidio militar para los obreros y protección militar para los beneficios capitalistas.

Pues bien, *sustituyan* ese Estado de *junkers* y capitalistas, ese Estado de terratenientes y capitalistas, por un Estado *democrático revolucionario*, es decir, por un Estado que destruya de modo revolucionario *todos* los privilegios, que no tema implantar de modo revolucionario la democracia más completa, y verán que el capitalismo monopolista de Estado, en un Estado verdaderamente democrático, revolucionario, representa, inevitablemente, infaliblemente, un paso y más que un paso hacia el socialismo!

Cuando una empresa capitalista gigantesca se convierte en monopolio significa que sirve a toda la nación. Si se ha convertido en monopolio de Estado, el Estado (es decir, la organización armada del pueblo, en primer término de los obreros y los campesinos, si se trata de un régimen de democracia *revolucionaria*) dirige toda la empresa. ¿En interés de quién?

O bien en interés de los terratenientes y los capitalistas, en cuyo caso no tendremos un Estado democrático revolucionario, sino un Estado burocrático reaccionario, es decir, una república imperialista;

O bien en interés de la democracia revolucionaria y entonces *es un paso hacia el socialismo*.

Porque el socialismo no es más que el paso siguiente al monopolio capitalista de Estado. O, en otros términos, el socialismo no es más que el monopolio capitalista de Estado *puesto al servicio de todo el pueblo* y que, por ello, *ha dejado* de ser monopolio capitalista.

No cabe término medio. El proceso objetivo del desarrollo es tal que *no es posible* avanzar partiendo de los *monopolios* (cuyo número, papel e importancia han sido decuplicados por la guerra) sin marchar hacia el socialismo.

O bien tenemos que ser demócratas revolucionarios en los hechos, en cuyo caso no debemos temer dar ningún paso hacia el socialismo. O bien tememos dar los pasos hacia el socialismo, los condenamos, al estilo de Plejanov, Dan

y Chernov, alegando que nuestra revolución es una revolución burguesa, que no se puede “implantar” el socialismo, etc., etc., en cuyo caso nos deslizamos fatalmente hacia el nivel de Kerensky, Miliukov y Kornilov, es decir, hacia la represión *burocrática reaccionaria* de las aspiraciones “democráticas revolucionarias” de las masas obreras y campesinas.

No hay término medio.

Y en esto reside la contradicción fundamental de nuestra revolución.

En la historia en general, y en tiempos de guerra en particular, no se puede permanecer quieto en un sitio. Debemos avanzar o retroceder. En la Rusia del siglo XX, que ha conquistado por vía revolucionaria la república y la democracia, es *imposible* avanzar sin *marchar* hacia el socialismo, sin dar *pasos* hacia él (pasos condicionados y determinados por el nivel técnico y cultural: en la agricultura basada en las haciendas campesinas es imposible “implantar” la gran producción mecanizada; en la fabricación del azúcar es imposible suprimirla).

Y temer avanzar *significa* retroceder, que es precisamente lo que hacen los Kerensky, para deleite de los Miliukov y los Plejanov y con la tonta complicidad de los Tsereteli y los Chernov.

La dialéctica de la historia es tal que la guerra, al acelerar extraordinariamente la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, *con ello* impulsa extraordinariamente a la humanidad hacia el socialismo.

La guerra imperialista es la víspera de la revolución socialista. Ello no sólo se debe a que la guerra engendra, con sus horrores, la insurrección proletaria –pues no hay insurrección capaz de instaurar el socialismo si no han madurado las condiciones económicas para el socialismo–, sino a que el capitalismo monopolista de Estado es la completa preparación *material* para el socialismo, la *antesala* del socialismo, un peldaño de la escalera de la historia para el cual *no hay ningún peldaño intermedio* que lo separe del peldaño llamado socialismo.

* * *

Nuestros eseristas y mencheviques enfocan el problema del socialismo de manera doctrinaria, desde el punto de vista de una doctrina aprendida de memoria y mal asimilada. Presentan el socialismo como un lejano, desconocido y nebuloso futuro.

Pero el socialismo asoma ya por todas las ventanas del capitalismo moderno; el socialismo se perfila en forma directa, *práctica*, en toda medida importante que constituye un paso adelante sobre la base de este capitalismo moderno.

¿Qué es el trabajo general obligatorio?

Un paso adelante sobre la base del capitalismo monopolista moderno, un paso hacia la regulación de la vida económica en su conjunto de acuerdo con determinado plan general, un paso hacia el ahorro de trabajo del pueblo y hacia la prevención de su absurdo despilfarro por el capitalismo.

En Alemania son los *junkers* (terratenientes) y los capitalistas quienes implantan el trabajo general obligatorio; por eso dicha medida se convierte inevitablemente en la instauración de un presidio militar para los obreros.

Pero tomen la misma institución y mediten en la significación que tendría en un Estado democrático revolucionario. El trabajo general obligatorio implantado, regulado y dirigido por los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos *no sería todavía* el socialismo, pero *ya sería* el capitalismo. Representaría un *paso* gigantesco *hacia* el socialismo, un paso después del cual sería imposible, si se mantuviese una democracia plena, retroceder hacia el capitalismo sin recurrir a una violencia inaudita contra las masas.

La lucha contra el caos económico y la guerra

El problema de las medidas que deben adoptarse para evitar la catástrofe que se avecina nos lleva a tratar otro problema, sumamente importante: la conexión entre la política interna y la política exterior o, en otras palabras, la relación entre la guerra de conquista, imperialista, y la guerra revolucionaria, proletaria, entre la criminal guerra de rapiña y la guerra justa y democrática.

Todas las medidas para evitar la catástrofe que hemos descrito reforzarían extraordinariamente, como ya lo señalamos, la capacidad de defensa o, dicho de otro modo, el poderío militar del país. Esto, por un lado. Por otro lado, estas medidas no pueden llevarse a la práctica sin transformar la guerra de conquista en una guerra justa, sin transformar la guerra librada por los capitalistas en interés de los capitalistas en una guerra librada por el proletariado en interés de todos los trabajadores y explotados.

En efecto, la nacionalización de los bancos y de los consorcios, unida a la abolición del secreto comercial y al establecimiento del control obrero sobre los capitalistas, no sólo representaría un ahorro gigantesco de trabajo del pueblo, la posibilidad de economizar fuerzas y recursos, sino que, además, representaría una mejora en la situación de *las masas* trabajadoras, de la mayoría de la población. En la guerra moderna, como todos saben, la organización económica tiene una importancia decisiva. En Rusia hay cereal, carbón, petróleo y hierro en cantidad suficiente; en este aspecto, nuestra situación es mejor que la de ningún otro país beligerante de Europa. Y con la lucha contra el caos económico por medio de las medidas indicadas, ganando para esa lucha la iniciativa popular, mejorando la situación del pueblo, nacionalizando los bancos y los consorcios, Rusia podría aprovechar su revolución y su democracia para elevar a todo el país a un nivel incomparablemente más alto de organización económica.

Si en vez de la "coalición" con la burguesía, que entorpece todas las medidas de control y sabotea la producción, los eseristas y los mencheviques hubieran efectuado en abril el paso del poder a los sóviets, si no hubiesen orientado sus esfuerzos a jugar al "carrusel ministerial" y a ocupar, como burócratas, junto

con los kadetes, los puestos ministeriales, de viceministros y otros similares, sino a dirigir a los obreros y campesinos en el ejercicio de *su* control *sobre* los capitalistas, en su *guerra contra* los capitalistas, Rusia sería hoy un país en plena transformación económica, donde la tierra pertenecería a los campesinos y los bancos estarían nacionalizados; es decir, nuestro país estaría *en ese sentido* (en cuanto a estas medidas, que son bases económicas importantísimas en la vida moderna) *por encima* de todos los demás países capitalistas.

La capacidad defensiva, el poderío militar de un país cuyos bancos han sido nacionalizados está *por encima* de la de un país cuyos bancos siguen en manos privadas. El poderío militar de un país agrario, cuyas tierras están en manos de comités agrarios, está *por encima* de la de un país cuyas tierras están en manos de terratenientes.

Se invoca constantemente el patriotismo heroico y los prodigios de arrojo militar de los franceses en 1792 y 1793. Pero se olvidan las condiciones materiales, las condiciones históricas y económicas sin las que hubieran sido imposibles esos prodigios. La destrucción efectivamente revolucionaria del feudalismo caduco, la implantación en todo el país con una celeridad, una decisión, una energía y una abnegación verdaderamente revolucionarias y democráticas de un modo de producción superior y de la libre posesión de la tierra por los campesinos: he ahí las condiciones materiales, las condiciones económicas que salvaron a Francia con una celeridad “prodigiosa” al *regenerar y renovar* su base económica.

El ejemplo de Francia nos dice una y sólo una cosa: para que Rusia tenga capacidad defensiva y para lograr que también en Rusia se produzcan “prodigios” de heroísmo en masa hay que barrer con implacabilidad “jacobina” todo lo caduco y renovar, regenerar a Rusia *económicamente*. Pero en el siglo XX eso no puede hacerse simplemente barriendo el zarismo (hace ciento veinticinco años Francia no se limitó a eso). No puede hacerse siquiera con la sola abolición revolucionaria de la gran propiedad terrateniente (inosotros ni eso hemos hecho, porque los eseristas y los mencheviques han traicionado al campesinado!) ni con la sola entrega de la tierra a los campesinos, ya que vivimos en el siglo XX y dominar la tierra *sin dominar los bancos* no basta para regenerar y renovar la vida del pueblo.

La renovación material, industrial de Francia, a fines del siglo XVIII, fue unida a su renovación política y espiritual, a la dictadura de los demócratas revolucionarios y del proletariado revolucionario (del que los demócratas no se habían separado y con el que todavía estaban casi fusionados), a la guerra sin cuartel declarada a todo lo reaccionario. En todo el pueblo, y especialmente en las masas, es decir, en las clases *oprimidas*, prendió un entusiasmo revolucionario ilimitado; *todo el mundo* consideraba la guerra como una justa guerra defensiva y *en efecto lo era*. La Francia revolucionaria se defendía contra la Europa reaccionaria y monárquica. No fue entre 1792 y 1793, sino muchos años más tarde, *después* de triunfar la reacción en el interior del país, cuando la dictadura contrarrevolucionaria de Napoleón transformó las guerras defensivas por parte de Francia en guerras de conquista.

¿Y en Rusia? Nosotros continuamos librando una guerra imperialista en interés de los capitalistas, en alianza con los imperialistas y en virtud de los tratados secretos concluidos por el *Zar* con los capitalistas de Gran Bretaña, etc., prometiendo en dichos tratados a los capitalistas rusos la expoliación de otros países: Constantinopla, Lvov, Armenia, etcétera.

Mientras Rusia no proponga una paz justa y no rompa con el imperialismo la guerra seguirá siendo, por parte de Rusia, una guerra injusta y reaccionaria, una guerra de conquista. El carácter social de la guerra, su verdadero significado, no son determinados (como piensan los eseristas y los mencheviques, descendiendo hasta la vulgaridad de un *mujik* ignorante) por la posición de las tropas enemigas. Lo que determina este carácter es la *política* que continúa la guerra (“la guerra es la continuación de la política”), la *clase* que la libra y los fines por los cuales se libra tal guerra.

No se puede llevar al pueblo a una guerra de rapiña en virtud de tratados secretos y cifrar esperanzas en su entusiasmo. La clase más avanzada de la Rusia revolucionaria, el proletariado, se hace cada vez más consciente del carácter criminal de la guerra. La burguesía está muy lejos de haber logrado que el pueblo cambie de opinión; al contrario, la comprensión del carácter criminal de la guerra crece. ¡El proletariado de *ambas capitales* de Rusia se ha vuelto definitivamente internacionalista!

¡Cómo se puede esperar, entonces, entusiasmo de las masas por guerra!

Lo uno es inseparable de lo otro, la política interna es inseparable de la política exterior. Es imposible hacer que un país tenga capacidad defensiva sin el supremo heroísmo del pueblo, que realiza, intrépida y resueltamente, grandes transformaciones económicas. Y no se puede encender ese heroísmo popular sin romper con el imperialismo, sin proponer a todas las naciones una paz democrática, sin transformar de ese modo la guerra rapaz y criminal, la guerra de conquista, en una justa guerra defensiva y revolucionaria.

Sólo una ruptura total y consecuente con los capitalistas, tanto en la política interna como en la política exterior, puede salvar nuestra revolución y nuestro país, atenazado por las férreas garras del imperialismo.

Los demócratas revolucionarios y el proletariado revolucionario

Para ser verdaderamente revolucionarios, los demócratas de la Rusia actual deben marchar estrechamente aliados al proletariado, la única clase consecuentemente revolucionaria, y apoyar su lucha.

Esta es la conclusión a que nos lleva el análisis de los medios con que puede combatirse la inminente catástrofe de proporciones inauditas.

La guerra ha engendrado una crisis tan inmensa, ha puesto en tensión de tal modo las fuerzas materiales y morales del pueblo, ha asestado tales golpes a toda la organización de la sociedad moderna que la humanidad se ve ante un dilema:

o perecer, o poner su suerte en manos de la clase más revolucionaria, para pasar por la vía más rápida y más radical a un modo de producción superior.

Por efecto de múltiples causas históricas –el mayor atraso de Rusia, las calamidades insólitas que para este país representaba la guerra, la total corrupción del zarismo y las tradiciones sumamente vivas del año 1905–, la revolución estalló en Rusia antes que en ningún otro país. La revolución ha hecho que en algunos meses Rusia haya alcanzado por su sistema *político* a los países avanzados.

Pero esto no basta. La guerra es implacable y plantea la alternativa con despiadada aspereza: perecer o alcanzar y sobrepasar a los países avanzados también *en el plano económico*.

Esto es posible, dado que contamos con la experiencia de un gran número de países avanzados y con los frutos de su técnica y de su cultura. Recibimos el apoyo moral en la protesta, cada vez mayor en Europa, contra la guerra y en el creciente clima de revolución obrera en todo el mundo. La libertad democrático-revolucionaria, extraordinariamente excepcional en una época de guerra imperialista, nos estimula y alienta.

Perecer o lanzarse adelante a todo vapor. Esa es la alternativa planteada por la historia.

Y la actitud del proletariado hacia el campesinado en tal situación confirma –con la modificación correspondiente– la vieja tesis bolchevique de que hay que arrancar a los campesinos de la influencia de la burguesía. Esa es la única garantía de salvación de la revolución.

Y el campesinado es el sector más numeroso de toda la masa pequeñoburguesa.

Nuestros eseristas y mencheviques han asumido la misión reaccionaria de mantener al campesinado bajo la influencia de la burguesía y de llevarlo a una coalición con la burguesía y no con el proletariado.

La experiencia de la revolución enseña con rapidez a las masas. La política reaccionaria de los eseristas y los mencheviques fracasa: han sido derrotados en los sóviets de Petrogrado y de Moscú. En ambos partidos democráticos pequeñoburgueses está creciendo una oposición de “izquierda”. El 10 de septiembre de 1917 una conferencia local de los eseristas realizada en Petrogrado dio una mayoría de dos tercios a los eseristas *de izquierda*, que se inclinan por la alianza con el proletariado y rechazan la alianza (coalición) con la burguesía.

Los eseristas y los mencheviques repiten una comparación favorita de la burguesía: burguesía y democracia. Pero, en esencia, esa comparación es tan disparatada como lo sería comparar gramos con metros.

Hay una burguesía democrática y hay una democracia burguesa: sólo quien ignore totalmente la historia y la economía política puede negar esto.

Los eseristas y los mencheviques necesitaban de una falsa comparación para *encubrir* un hecho indiscutible: entre la burguesía y el proletariado se encuentra la *pequeñoburguesía*. Esta, en virtud de su situación económica de clase, vacila inevitablemente entre la burguesía y el proletariado.

Los eseristas y los mencheviques tratan de empujar a la pequeñoburguesía hacia una alianza con la burguesía. Ese es todo el sentido de su “coalición”, del gabinete de coalición y de toda la política de Kerensky, típico semikadete. En los seis meses de revolución esta política ha fracasado totalmente.

Los kadetes se deleitan maliciosamente: la revolución, dicen, ha fracasado; la revolución *no* ha podido acabar ni con la guerra ni con el caos económico.

No es verdad. Han fracasado *los kadetes, los eseristas y los mencheviques*, porque este bloque (alianza) ha gobernado Rusia durante seis meses y sólo para agudizar el caos económico y embrollar y agravar la situación militar.

Cuanto más completo sea el fracaso de la *alianza* de la burguesía con *los eseristas y los mencheviques*, más pronto *aprenderá* el pueblo y más fácilmente encontrará el camino *correcto*: la alianza del campesinado pobre, es decir, de la mayoría de los campesinos, con el proletariado.

